

# Por qué y para qué de la filosofía

---

Marcel Arvea Damián

A Arturo Gerardo Ruiz Utrilla

Con admiración y aprecio,  
y por su amable *pro-vocación*.

¿Es la filosofía pensamiento...?

¿Acaso no podría ser algo más? Por ejemplo: un acto del pensamiento...

¿Un pensamiento activo, dinámico y en movimiento?

Quiero demostrar aquí que la filosofía es esencialmente «acto», aun cuando dicho acto lo pueda ser del pensamiento.

Inicio la descripción señalando que la «filosofía» y el «filosofar» evidentemente surgen de la realidad concreta y material de nuestras vidas; de la «vida misma», de la «existencia misma», que es contradictoria, efímera, inmediata, dinámica, circunstancial, etc...

Esta realidad de la vida material e inmediata es previa al pensamiento, pues siempre es actual y está significada por un patrón preponderante que algunos sabios denominaron «ideología».

El pensamiento sin acción es siempre ideología; una especie de concordancia irregular y antagónica del pensamiento con la ideología preeminente y pre-dominante.

La filosofía y el filosofar no tienen otra opción que iniciar pensando conforme a un «principio de realidad»; y esa realidad como principio dice a la conciencia que tengo vida y existencia, en este mundo, donde soy y estoy.

Si el pensamiento no se nutre de esa realidad material e inmediata de nuestras vidas –de nuestras existencias–, entonces no se podrá «filosofar» ni crear «filosofía».

*Mi cabeza piensa donde mis pies pisan y todo punto de vista es la visión desde un punto...* dice certeramente Leonardo Boff.

No siempre en la vida podemos pensar y actuar «filosóficamente», no siempre estamos «con los pies en la tierra», en ese desgarrador «estado de trance» que supone «filosofar». Esto representa en sí un problema, pues el pensamiento en su origen es función y facultad de la conciencia, así como

el acto lo es también de su «práctica ejecutiva» (por decirlo de algún modo).

Puede decirse que la dinámica e interrelación de «realidad–conciencia–mundo» es el punto original de la filosofía y del filosofar, de donde se desprenderán después todos los pensamientos y actos, las teorías y prácticas, los por qué y para qué.

Con todo, la evidencia nos demuestra que el salto del pensamiento al acto se da en la realidad existencial de nuestras vidas, en una realidad espacio – temporal («en el aquí del ahora y en el ahora del aquí»), casi siempre desde lo «mundano» (de este mundo).

Todo esto significa que el pensamiento filosófico se constituye *a posteriori* del acto práctico y ejecutivo; esto gracias a la actividad funcional y ejecutiva de la conciencia (sentir, percibir, recordar, imaginar, intuir, etc.).

El pensamiento se nos ofrece *a posteriori* de las funciones ejecutivas de la conciencia, que son siempre actuales e inevitables, incluso inconscientes (aunque mi voluntad y pensamiento no lo quieran, inevitablemente percibo, siento, existo, recuerdo, imagino, deseo).

Así es como la realidad condiciona la conciencia; y es así también que la conciencia condiciona el pensamiento y la actividad.

A la filosofía y el filosofar les corresponde desarrollar un pensamiento y un acto muy peculiar: un pensamiento que se desprenda de lo mundano para aprehenderse –en «acto»–, a la realidad existencial –esencial– del mundo de nuestras vidas.

Quiero decir, el pensamiento es «filosófico» sólo cuando actúa y piensa conforme a las acciones y funciones de la conciencia, la cual se enajena o desarrolla en tensión con su realidad vital y existencial.

La filosofía trata entonces de desarrollar la praxis del pensar y del actuar ejecutivo de una conciencia en desarrollo; puede decirse incluso que la filosofía se recrea en los pensamientos y actos de conciencia; va del pensamiento al acto y del acto al pensamiento, así de largo y dialéctico es el recorrido filosófico de la conciencia.

Ahora bien, el pensamiento es una generalización cognitiva muy irregular e inespecífica para la filosofía; a pesar de sus excepciones, la filosofía sólo en su particularidad se nutre del pensamiento, de lo contrario, la inclinación natural del pensamiento es persistir en su delirante «idealidad», terminando por elaborar absurdos, espejismos y distorsiones de los cuales da buena cuenta la triste historia de la filosofía; expresiones de racismo, sexismo, fanatismo, dogmatismo, celos y otros disparates asesinos del pensamiento y la conciencia.

Podemos, por ejemplo, intuir la falsedad del pensamiento de Descartes, cuando escribió: –«Pienso luego existo»...

Y la realidad de la vida misma ofrece a mi conciencia la evidencia de que sucede —en otros y en mí—, todo lo contrario; es decir: —«Existo y luego pienso»... y amo, y sueño y sufro y hasta “muero porque no muero”.

Puedo existir sin pensamiento pero nunca podría pensar sin vida ni existencia.

Con mucha frecuencia pensamos equivocadamente y actuamos del mismo modo. El pensamiento en lo general no hace filosofía, el pensamiento puede ser también patológico, delirante, incluso maligno, aun cuando no siempre logre concretar su nivel ejecutivo.

Por ejemplo; no me cae bien mi vecina porque pone la basura de su casa en la puerta de la mía (que es el límite de su casa y que coincide con la entrada de la mía); le reclamé y ella lo sigue haciendo sin importarle demasiado; entonces de pronto “pienso” que si lo vuelve a hacer, tiraré su basura en la puerta y entrada de su casa; sin embargo, este pensamiento mío no logrará concretar el «acto» —su nivel ejecutivo—, pues mi conciencia fue capaz de inhabilitar la acción de un pensamiento inconsecuente...

Algunas neurosis y otras patologías del pensamiento y la conciencia actúan de inmediato, ipso facto, en el evento mismo: expresiones reactivas e impulsivas del acting out.

Para filosofar necesitamos interrelacionar formas complejas del sentir y el pensar; de «sentipensar» y «sentintuir», y hacerlo comunitariamente; necesitamos análisis, reflexión, crítica, creatividad, empatía, simpatía (sufrir con el sufrimiento del otro), razón, epoché, dialéctica... anadialéctica, y toda esa parvada de pensamientos y acciones maravillosas necesarias a la filosofía y el filosofar...

Metodológicamente, vale decir también que la filosofía exige la actualización permanente de su estado del arte; implica, necesariamente, una actitud muy específica ante la realidad, la verdad, el saber y el hacer; es decir de su por qué y para qué...

Hasta aquí podemos concluir que la filosofía es un pensamiento complejo.

En cuanto al acto, el pensamiento filosófico puede comprenderse como un actuar teórico; como una acción teórica del pensamiento, por eso el filósofo dice que la teoría es una actividad práctica..., y tiene mucha razón; sólo así descubrimos lo inevitable que es la dialéctica a la filosofía y el filosofar.

Filosofía y filosofar es entonces pensar y actuar para socializar, transformar la realidad deshumanizante y humanizarnos en la acción reflexión de nuestro mundo vital y existencial.

Freire diría que la conciencia está permanentemente en la acción-reflexión de su realidad y mundo; y si lo está de cualquier modo, no lo es necesariamente en cuanto a su sentido filosófico, pues la «filosofía» sólo

son actos significativos –intencionales– de un pensamiento complejo, producto del desarrollo de la conciencia (concientización).

No es cualquier acto, se trata de una acción compleja de la conciencia, una apertura y expansión de la acción reflexión dialéctica sobre el mundo de la vida, la cual se realiza desde una praxis consciente y humana, política, en un mundo material, contradictorio y «realmente existente».

Por otro lado, es una necedad y un absurdo comprender la filosofía y el filosofar desde la objetividad e imparcialidad que supone la interpretación etimológica del término griego («*filos*: amor»; «*sofia*: saber»); pues no se trata de un «amar el saber», como dice la filosofía griega; sino de un «saber amar» (Lévinas)... o sea: necesitamos una filosofía invertida para sobrevivirle al mundo del revés.

En síntesis: filosofía y filosofar, su por qué y para qué, está en desarrollar actos intencionados y significados por el pensamiento complejo –consciente–, del amor...

No soy cursi, lo dicen y ejemplificaron tanto el Che como Jesús.

Recuerdo que en un libro muy viejo y dramático que compré en una librería de la Ciudad de México, leí de Enrique Dussel unas palabras memorables y desesperadas ante su experiencia con la dictadura militar argentina como filósofo de la liberación.

Dussel escribió estas palabras luego que una bomba destruyera su casa y biblioteca, y aterrorizara a su familia hasta su exilio en México.

Al final del escrito, Enrique Dussel concluye que la mejor evidencia que podemos tener de un «filósofo» es que muera asesinado en la defensa de su principios, acciones y convicciones... y este acto de entrega del ser humano –“filosofante”–; es el acto superior de una conciencia que esencialmente se reconoce digna y libre.

Es el máximo nivel de desarrollo posible al que puede aspirar el filosofar de la filosofía: la praxis ética de la conciencia revolucionaria.

La verdadera filosofía de la praxis.

Al Che le cortaron las manos, las del Maestro fueron clavadas en un madero. Pensamientos asesinos y actos brutales que los imperios imponen a los filósofos revolucionarios.

Del acto intencionado del pensamiento complejo surge la filosofía. La conciencia en «acto» piensa y actúa filosóficamente –deliberadamente–, en la praxis, humanizando el mundo de la vida, buscando siempre desarrollar el acto potencial de su “saber amar”; pues la praxis humana, el acto increíble de ser mujer u hombre “de” y “en” este mundo, con otros distintos y semejantes por doquier, es la realidad más «real» del mundo de la vida –de mi existencia–, de la cual soy éticamente responsable.

No puedo comprender filosofía que no provenga de la existencia y la vida.

Por eso, «filosofía» y «filosofar» no son otra cosa que una praxis ética ante la intransferible responsabilidad que debe asumir mi conciencia, como ser humano que soy: singular, único y «realmente existente», distinto e igual a mis semejantes, con quienes me relaciono y me comunico, con quienes comparto el mundo que nos mantiene y sostiene con «los pies en la tierra»; donde soy, amo, vivo y existo, «aquí y ahora», como un «yo» humano en permanente contradicción.

Marcel